





EL ÚLTIMO VUELO DE
**ICARUS
FLYNN**

AURA BLANCO



Literup

LITERUP EDICIONES

REVISTA ILUSTRADA LA PLUMA

¡EXTRA, EXTRA! ¡DAMAS, CABALLEROS Y PERSONAS DE BIEN DE LA CAPITAL, POR FIN HA LLEGADO EL MOMENTO QUE ESPERABAN!

Libanthon, año 48 de la Corona

La biografía actualizada (no oficial) del señor Icarus Flynn ya se encuentra disponible para su disfrute. Deléitense con la portentosa historia de cómo un solo hombre se alzó desde lo más bajo hasta lograr el descubrimiento que alteró los cimientos de la sociedad moderna.

¿Quién es Icarus Flynn?
¿Cuándo llegó a Libanthon?
¿Dónde se formó? ¿Cómo logró el mecenazgo de la ilustre familia Blackburn?
Todas sus preguntas en-

contrarán respuesta en las entregas de esta colección, que podrán disfrutar cada domingo en nuestra revista.

¡No pierdan su oportunidad para entrar en la mente de este genio excéntrico! ¡Del hombre que pasó de no tener nada a dárnoslo todo!

EXTRACTO DEL CUARTO VOLUMEN DE LA
BIOGRAFÍA NO OFICIAL DE
ICARUS FLYNN

INCEPCIÓN (CAPÍTULO 235)
Por Cecil Spinks

El señor Ezra Lee habla con conocimiento de causa, pues formó parte, como todos sabemos, de la expedición que descubrió la amarantita. Lo asignaron a cubierta el amanecer en el que Icarus Flynn abandonó el dirigible sobre su planeador, y allí lo esperaba cuando lo vio guiar a sus hombres más allá de la tormenta.

«Iba cubierto de rojo», nos dice. «Ese es el recuerdo que se me ha quedado grabado en la mente, ¿sabe? Yo trabajaba como ayudante del doctor a bordo y, al verlos aparecer, pensé que estaban empapados en sangre. Lo cubría todo: los uniformes, las alas de los planeadores, sus rostros y cabellos... Solo me di cuenta de que me equivocaba cuando se acercaron. El color brillaba demasiado. La sangre no se ve así sobre tela, acero o piel. Icarus Flynn y su gente regresaban teñidos del mismo tono que el crepúsculo que tenían detrás.

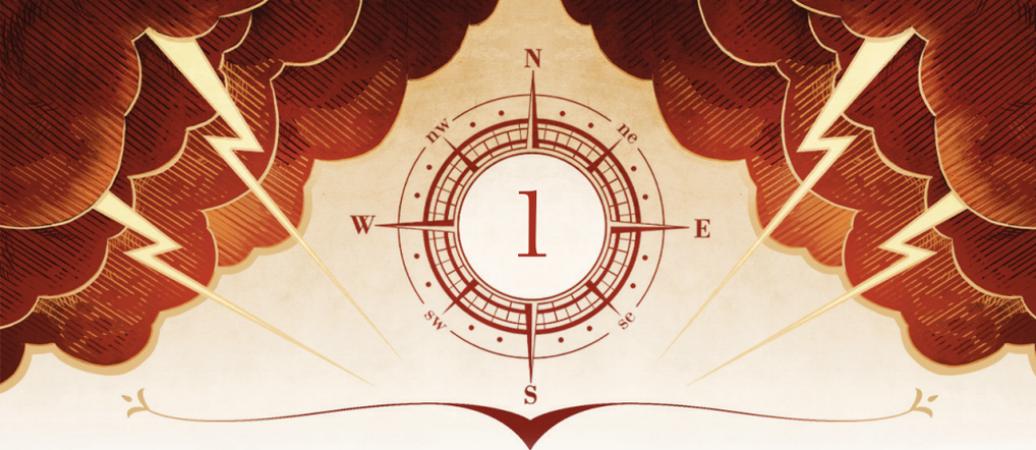
»Al principio no supe qué pensar. Hay muchas cosas que pueden salir mal en una expedición, en especial si el terreno a vigilar es la frontera con Therreris. Habíamos perdido el contacto hacía días con esa patrulla de avanzadilla en particular. No sé si está informado, pero el cli-

ma allí es desastroso y los planeadores a vapor eran muy difíciles de manejar. Solo los mejores de entre nuestros hombres podían pilotarlos y, a pesar de ello, el doctor y yo siempre teníamos trabajo. Cuando el joven llegó a cubierta, nos dijo que la tormenta les había dañado los motores. Se habían estrellado en las montañas entre nuestra nación y el reino vecino. Permanecieron atrapados casi una semana, sin herramientas ni provisiones y calados hasta los huesos. Hasta que encontraron aquella sustancia roja en una grieta y la usaron como combustible.

»¿Cómo se les ocurrió? No lo sé, pero volvieron. De aquella formación de siete personas, solo quedaban tres, entre ellos el hijo de Thaddeus Blackburn. El mero hecho de que hubieran sobrevivido ya era un milagro».

Es lógico que el señor Ezra Lee muestre una gran admiración por tamaña labor. Si se le pregunta por Flynn, asiente rápida y continuamente con la cabeza y su mirada se pierde. Tal vez una parte de su mente todavía viva en la tarde de otoño que cambió el curso de la historia.

«Ninguno de nosotros lo sabía a ciencia cierta entonces, pero yo creo que, al menos, él ya lo intuía», declara en exclusiva para esta, nuestra biografía. «A pesar de estar herido y muerto de hambre, lo tenía escrito en la cara. Icarus Flynn sonreía como si fuera el único ser humano capaz de tocar el sol y volver con una historia entre los labios».



UN CABALLERO HECHO A SÍ MISMO Y SU IDÍLICA VIDA SIETE AÑOS MÁS TARDE

Amanece otro día en la próspera ciudad de Libanthon. Las calles de la Cúpula se hallan tan llenas de transeúntes como cada mediodía. A la nobleza le encantan los paseos matinales. Por no hablar de los panfletos periodísticos de dudosa calidad a la venta en cada avenida.

—Capítulo 235 —reitera Oscar, con cierta admiración. Silba incluso, mientras hojea el último fascículo de *La Pluma*, que sujeta con la mano izquierda—. Caray, si en este hasta salgo yo. El hijo de Thaddeus Blackburn, a quien rescataste de la tormenta.

Su tono es el de siempre: suave y algo socarrón, pero sin mala fe, porque sabe que así conseguirá que su mejor amigo reaccione. Icarus Flynn suspira, chasquea la lengua y le arrebató el folletín de las manos. ¿Qué hay de nuevo en la capital esta mañana? Por lo que parece, nada. El cielo es del mismo gris plomizo, Blackburn padre ha organizado una recepción para sus mellizos y el tal Cecil Spinks continúa con la publicación de su biografía no oficial por fascículos.

Al menos se llevará un buen dinero. Ojalá se lo gaste todo en ginebra y se pille tal cogerza en su nombre que el muy maldito se olvide de cómo agarrar una estilográfica.

—¡No he acabado de leer, trae eso aquí! —se queja Oscar.

Con un rostro de facciones tan amables y un pelo tan rubio, lo de poner cara de pena siempre se le ha dado bien. Así convenció a su terrorífico padre de unirse a las expediciones en sus días en la academia, o de incorporarse como ingeniero en la empresa familiar. Aquello solía funcionar con Izzy también, hasta cierto punto, en la época en que sus ojitos de cordero degollado le provocaban una reacción emocional.

—¡Eh, señorito Flynn!

—¿Y perderme lo que el ilustre señor Spinks dice de mí? —El joven sonríe, más por hábito que por otro motivo, mientras le da la espalda a su amigo. Es la misma mueca traviesa que le regala a la prensa desde hace años. A estas alturas, le sale sin querer. Es fácil, como doblar un papel mil veces por las mismas líneas. Incluso si las esquinas no acaban de encajar, nadie se da cuenta nunca—. Ah, ¡pero si está hablando otra vez de la expedición! ¡A estas alturas! ¡El gran hecho que cambió todas nuestras vidas!

Ahora que Izzy piensa en ello, tal vez sí que debería repasar en detalle el capítulo. Ya empieza a quedarse sin ideas nuevas con las que exagerar su única gran hazaña.

Sobrevivió a un accidente de planeador, sí.

Descubrió un extraño gas carmesí. También tuvo la idea de utilizarlo para volver a activar el motor de su vehículo.

Guió a los supervivientes de su escuadrón de vuelta a casa a través de una tormenta que parecía infranqueable.

Los llevó a salvo hasta un dirigible que estaba a punto de darlos por perdidos. Por supuesto. Durante los primeros minutos (y horas, y días, y semanas, incluso meses) se sintió el hombre más poderoso del mundo por ello.

«Lo he conseguido», pensó. «He llegado a lo más alto. Estoy de pie en la cima del universo».

Ahora, dieciocho años más tarde de que emigrara a Libanthon y siete tras el descubrimiento que cimentó su leyenda, le gustaría que la gente le preguntara por otra cosa. Aunque fuera una sola vez.

O, si esa opción es mucho pedir, que le caiga encima un piano. Al menos eso le daría a la gente de esta maldita ciudad un nuevo tema de conversación.

—Lo estás volviendo a hacer —le dice Oscar, que parece haber dado por perdido el ejemplar de *La Pluma*.

—¿El qué?

—Esa cara.

—¿Qué le pasa a mi cara? —Abre mucho los ojos. Su amigo se ríe ante la mueca, aunque no se rinde.

—Estás de mal humor. A mi padre y a Cordelia no les gusta que te enfades.

No es que esté enfadado. Puede que en estos momentos sienta deseos de agarrar a su biógrafo no oficial y lanzarlo a los niveles inferiores de la ciudad de una patada en la retaguardia, pero es un deseo pasajero. Más bien, se siente muy cansado. De manera permanente. Se ha levantado este mediodía de un relativo buen humor, aunque le ha durado apenas unos minutos.

No hay mucho que pueda hacer. El ensayo del cumpleaños de Oscar y Cordelia Blackburn es de asistencia

obligatoria para cualquiera con una mínima relación con la familia. Aunque lo que más le apetece a Izzy ahora mismo es que lo dejen irse a dormir de nuevo. Otras diez horas, como poco. Es una de esas tardes en las que todo su cuerpo parece estar hecho de alquitrán; torpe y pesado.

Al menos, fingir que todavía encaja en sus huesos siempre se le ha dado bien.

—¿Tú crees que sobornar a un periodista de pacotilla se considera delito? —Bufa—. Puede que el tal Cecil Spinks no sea el primero en escribir sobre la historia de mi vida, pero ten por seguro que se lleva el premio a la persistencia. ¿Cuántos capítulos ha escrito? ¿Doscientos?

—Doscientos treinta y cinco —le dice Oscar con una sonrisa—. A tu amigo el periodista podrían echársele en cara muchas cosas, aunque la falta de motivación no es una de ellas.

Esa insistencia sería digna del Icarus Flynn del pasado, cuando, con apenas once años, llegó a la capital como polizón de una aeronave a vapor. Llevaba el par de botas de cuero que le robó a su padre puestas en unos pies demasiado pequeños, restos de carbón en las mejillas y los ojos clavados en el firmamento. El nivel más alto de Libanthon, la Cúpula: ese era el objetivo al que se había propuesto llegar.

El mismo en el que vive ahora, apadrinado por la familia más rica de la urbe y con los suficientes pares de zapatos en propiedad para llenar una habitación entera. Los dioses bendigan a la amarantita y al modo en el que ha cumplido sus sueños.

La ve por todas partes en cuanto cruza el umbral de su casa: un gas rojo intenso, transportado a lo largo y ancho de la ciudad en tubos transparentes. En apenas siete años, se ha convertido en el sistema circulatorio de Libanthon. Mueve vehículos y maquinaria, y sirve como combustible para la iluminación. Abundante y barato, recorre la ciudad en venas de cristal. Al mismo tiempo, un símbolo de riqueza y lo que ha facilitado la vida a los habitantes de los distritos superiores.

Thaddeus Blackburn ha amasado tal fortuna que, aunque no perdona la improductividad ni la ineficiencia, parece dispuesto a dejarlo continuar a su sombra gracias a un único acto de gloria.

Oscar le compra un segundo ejemplar de *La Pluma* a un joven vendedor de periódicos de camino a casa de su familia. Le da una generosa propina al muchacho y se ríe antes de meter el folletín en el bolsillo trasero del pantalón. Tras decidir que lo mejor que puede hacer es no comentar nada, Izzy prosigue su camino con las manos escondidas en su abrigo de paño.

Por suerte, la mansión de los Blackburn no queda lejos. Es una construcción fácil de reconocer, incluso entre el lujo de las avenidas circundantes. La fachada es de ladrillo rojo y blanco, con amplios ventanales de cristal. Está tan limpia y bien cuidada que el edificio parece más el juguete recién comprado de un niño que otra parte de la plomiza capital. Cuando Icarus Flynn pisó aquel distrito por primera vez, siendo poco más que un chiquillo, su aspecto majestuoso ya hizo que se detuviera a observar.

El servicio de la mansión había estado a punto de echarlo a patadas, a pesar de que se había colado en la Cúpula después de asearse y ponerse sus mejores ropas. La única razón por la que la situación tuvo un desenlace diferente fue el automóvil a vapor en la puerta principal.

Hasta entonces, solamente había podido ver vehículos así desde lejos. Por supuesto, no existían en los suburbios, aunque unos pocos afortunados en los niveles intermedios sí tenían los fondos para permitírselos. Al adentrarse en el distrito un par de horas atrás, los había observado mezclarse con los coches de caballos en las avenidas. Jamás había tenido la ocasión de poner las manos sobre uno, pero, debajo de sus carrocerías, un motor a vapor era un motor a vapor, y de eso él sí sabía mucho.

Así que se giró hacia el coche cuando el mayordomo de los Blackburn ya lo tenía agarrado por el brazo y señaló el humeante capó.

«¿Está roto?», preguntó al mismo tiempo que se abría la puerta principal. Aquella fue la primera ocasión en la que vio a Thaddeus Blackburn y a sus dos hijos. Era un niño con estrellas en los ojos y la ambición de tocar el cielo. Tener miedo del rostro de piedra del hombre más poderoso de la ciudad no había sido una opción. «Señor, creo que yo podría arreglarlo».

Es curioso; la casa apenas ha cambiado desde entonces (salvo para volverse más lujosa, decorada en color amarantita), pero él sí lo ha hecho. Ahora cruza el umbral vestido con un traje gris de tres piezas y el servicio se desvive por llevarse su abrigo tan pronto como se detiene en el recibidor.

Hace por lo menos un año que no toca un motor. Cuando piensa en ello un hormigueo vago le recorre la punta de los dedos.

—Señor Flynn —lo saluda Bernard, el mayordomo—. ¿Cómo se encuentra?

—Fatal, pero gracias. —Hace una floritura y una reverencia, en parte porque los intentos del hombre por no mirarlo con reprobación son una de las pocas diversiones que le quedan. O tal vez porque la afirmación es cierta, aunque nadie, nunca, la tome en serio—. Espero que su día lo esté tratando bien.

—No podemos quejarnos. —El jefe de servicio mira hacia otro lado. Eso significa que el pobre desgraciado tiene mucho por lo que protestar.

No es que Izzy pueda culparlo; los preparativos de la recepción se le vienen encima. Incluso el siempre impecable recibidor de la residencia Blackburn está menos im-poluto que de costumbre. Parte de los muebles se hallan cubiertos con amplias sábanas blancas, igual que cuando la familia abandona su mansión en Libanthon durante las vacaciones. Hay huellas en el mármol, marcas como si se hubiera arrastrado un mueble.

—¡Bernard! —Oscar sonrío, amable, mientras se quita el abrigo y el sombrero de copa. Aunque permite que se lleven ambos, conserva el bastón de puño de marfil—. ¿Nos han traído ya el pájaro para la ceremonia?

—Buenos días, señorito. Así es. Acaba de llegar mientras usted estaba fuera.

La expresión del joven brilla ahora con la fuerza de mil soles.

—¡Maravilloso! —Da una palmada—. ¡Ven! ¡Tienes que verlo! —Tras un momento de pausa, en el que da golpecitos rítmicos con el bastón sobre el suelo, vuelve a dirigirse a su mayordomo—. Bernard, por favor, avisa a Padre de que ya estamos en casa. Seguro que se digna a salir de su despacho una vez sepa que su futuro yerno está aquí.

—Como el señorito desee —asiente el mayordomo. Apenas le da tiempo a inclinar la tiesa espalda en una reverencia antes de que el heredero le pase a su amigo una mano por los hombros y se encaminen a la sala de baile.

—¿Futuro yerno? —susurra Izzy mientras se deja arrastrar—. No voy a casarme con tu hermana. Lo último que quiere Cordelia es tenerme a mí por marido. Por favor.

Oscar suspira y sacude la cabeza.

—Es lo que quiere Padre.

Ah, por supuesto. Cada vez que Thaddeus Blackburn alza la voz, la ciudad entera baila a su son. Cuando Icarus Flynn llegó a la Cúpula, seguir el ritmo de sus sueños y ambiciones parecía un juego de niños. Hasta que hizo el descubrimiento del siglo y se convirtió en su protegido por excelencia, no se dio cuenta de cuán difícil era negarse a sus deseos.

Los pasos de ambos apenas hacen ruido sobre las mullidas alfombras carmesí. El calor en el interior de la casa, ahora que el joven se ha acostumbrado a él, resbala por sus huesos, atrapado bajo la piel. Las palabras de Oscar, que todavía habla, se le escurren como agua entre los dedos, y en lugar de en ellas su cerebro decide concentrarse en las fotografías familiares de la pared.

Es una tecnología puntera. Era de esperar que Thaddeus Blackburn haya escogido un lugar privilegiado de su

hogar, a la vista de los invitados, donde exponerlas. Izzy se reconoce a sí mismo en la imagen, de pie a la izquierda del patriarca, con el pelo negro repeinado y el traje demasiado bien planchado como para que no sea cosa de Cordelia.

¿Cuándo lo llamaron para posar? El joven recuerda vagamente que lo hicieron, pero no cómo pasó. La verdad, a estas alturas de su vida no es que le importe mucho. Dos o tres periódicos le han sacado ya fotografías, y eso que el blanco y negro nunca le ha sentado bien. La primera vez que se vio en una de ellas, una figura delgada de piel oscura y ojos grandes hasta el punto de lo cómico, no pudo más que reír. «Esto te pasa porque eres todo brazos y piernas», le dijo Oscar, y él tuvo que darle la razón. Al principio el proceso le había suscitado una vaga curiosidad. Ahora que la novedad ha perdido la gracia, de lo último que tiene ganas es de otra explosión luminosa en la cara.

—¿Hola? —La voz de su amigo lo devuelve, como de costumbre, a la realidad. Mientras él andaba absorto en sus pensamientos han llegado a la sala de baile—. Central al comandante Icarus Flynn. ¿Me recibe?

El muchacho resopla y, a su pesar, sonríe. Con el brazo izquierdo le da un codazo al otro chico en las costillas. Tras observar el entorno, incluso se permite silbar.

—Vaya, veo que los preparativos de vuestra espléndida fiesta os tienen ocupados. —Silba con admiración—. ¿Qué te ha encargado tu padre esta vez? ¿Esculturas de hielo? ¿Otra exhibición de coches? ¿Autómatas danzarines con motores de amarantita?

El cumpleaños de los mellizos siempre tiene menos de celebración que de espectáculo. Incluso desde antes de

acogerlo, el evento ya era famoso por ser una exhibición a la mayor gloria de la Corporación Blackburn. Lo bueno del asunto es que tanto al chico como a Cordelia les encanta que les presten atención. A ella, porque no puede vivir sin tener la última palabra. A él, porque le gusta que le pregunten por la atracción principal de cada celebración para poder revelar (¡todas las veces!) que la ha diseñado él y explicar cómo funciona.

Incluso ahora, cuando la sala de baile es un desastre de criados atareados con mesas a medio montar, Oscar parece hasta animado de más. En ocasiones así, Izzy envidia su entusiasmo. Echa de menos el suyo propio, de la época antes de su gran descubrimiento, cuando no tenía nada y lo quería todo.

Buenos tiempos, aquellos. ¿Qué se supone que hace una persona después de conseguir todo lo que se ha propuesto?

Acudir a fiestas. Disfrutar de su trabajo. Entretener a una decena de nobles aburridos con la ya muy manida historia de cómo descubrió la amarantita y esperar que el público aplauda. Continuar siendo productivo para evitar que el hombre más poderoso de la ciudad se canse de él y decida, por fin, quitarle todo lo que no se merece.

Mostrarse, en general, más agradecido y mucho menos derrotado.

Tras darle unos golpecitos en la pantorrilla con el bastón, su amigo lo suelta. Con la sonrisa todavía pegada en los labios, le guiña un ojo y se sitúa en el centro de la habitación. Parece casi irreal, tan rubio, guapo y elegante entre los pedazos a medio montar de su futura gran fiesta. Tal vez Izzy se lo imagine, pero hay retazos de timidez en

su expresión. El mismo azoramiento afligido que ocupa su rostro desde hace años.

«Oh, no», piensa.

—No te lo había dicho. —Oscar se aclara la garganta—. No sabía qué pensarías.

A juzgar por ese tono de niño compungido e ilusionado, lo más probable es que nada bueno.

Incluso después de tantos años, tiene un único punto débil. Uno que apenas menciona, y que hace que Izzy sienta una punzada de algo duro y frío en el pecho a través del cansancio.

En ocasiones, le gustaría decirle a su amigo que pare, pero ¿quién es él para poner freno a las costumbres malas de nadie cuando es el rey de regodearse en su miseria? Al menos puede ser sincero al respecto y esperar que los asistentes lo achaquen a su papel de genio excéntrico.

—Ilumíname —responde, encogiéndose de hombros.

Oscar asiente. Como antes de cada fiesta, recupera los ademanes de chiquillo emocionado que tenía en la academia. Los dos sirvieron juntos: el niño rico y el protegido enviado por Thaddeus Blackburn para sujetarle las herramientas y limpiarle los zapatos. Igual que entonces, los ojos del joven buscan reconocimiento en los suyos, aunque esta vez con un brillo frenético.

—Te presento mi última creación. Un homenaje. ¡El pájaro cantor de Libanthon!

El servicio ha montado un escenario elevado en medio del salón de baile. Su esqueleto de madera incompleto desentona con las arañas de cristal pulido y el elegante suelo de parqué. Los trabajadores han descorrido las cor-

tinas y abierto las ventanas, así que Izzy está seguro de que es visible incluso desde el jardín.

Thaddeus Blackburn estará exultante. Nunca le ha gustado la mediocridad ni la imperfección.

Sobre el armazón hay un bulto enorme cubierto por una sábana blanca. La atracción de feria de este año. Lo que quiera que haya hecho Oscar para ganarse la aprobación de señoras con abanico y polisón, y caballeros de cuello de camisa almidonada.

Su amigo retira la tela y él parpadea.

—¿Un... pájaro de metal? —pregunta, con los brazos cruzados sobre el pecho—. No me esperaba que tu descripción fuese tan literal. Y dices que, ¿qué? ¿Canta? —El chico siente que los labios se le separan, como si no estuvieran del todo bajo su control—. No me digas que...

Oscar, que ha empezado a doblar la sábana, se detiene con un respingo. Sigue con esa expresión en la cara, igual que si estuviera a un paso de disculparse, o de echarse a reír de los nervios. Tiene los nudillos blancos mientras se aferra a la tela.

—Pronto será el quinto aniversario del accidente. —Baja la voz cuando pronuncia la última palabra, al mismo tiempo que el otro joven alza los ojos hacia la enorme ave mecánica—. Este es mi homenaje. Para Lucina...

No es la primera vez que a Izzy se le queda la mente en blanco. Quiere decir algo, pero no sabe muy bien el qué. Al menos lo que acaba de oír lo despierta y le hace observar la máquina ante él con los ojos negros entornados. Sabe que su amigo lo mira, pendiente de su reacción. Como cada vez que Lucina entra en juego.

Cuando ella estaba en activo, la llamaban el Mirlo Blanco de Libanthon. Por supuesto, cualquier elegía hacia su persona tendría que ser en forma del pájaro que le dio ese nombre.

Oscar siempre la quiso con toda su alma, pero ella habría odiado aquel detalle.

Izzy lo sabe, aunque no lo dice en alto. En lugar de ello, observa la criatura mecánica con el ceño fruncido. Está hecha con mimo, de eso no cabe duda, desde los ojos de cristal negro hasta las plumas de latón. Ahí, inmóvil sobre el escenario inacabado, parece sumida en un sueño inquieto. Capaz de alzar la cabeza y echarse a volar si alguno de los asistentes se mueve lo más mínimo.

—¿Qué opinas? Padre me ha dado su aprobación.

¿Thaddeus Blackburn? Curioso cuanto menos. Lucina fue lo único en su vida por lo que su hijo osó llevarle la contraria.

—¿Y Cordelia? —pregunta, torciendo el gesto.

—Siempre le gustó oírle cantar.

Sí, la recuerda, emocionada por acudir a la ópera, en aquella época en la que el Mirlo Blanco logró convertirse en la cantante con mayor caché de la ciudad. Él también tiene su número de más renombre grabado a fuego en la mente, un recuerdo que no se va por mucho que se le entumezca el cerebro. Lucina, con su vestido de plumas blancas y el cabello color miel suelto sobre los hombros, sentada en un columpio suspendido en mitad del escenario. Solía actuar descalza. Recibía a sus admiradores con enredaderas de tela en torno a brazos y piernas y los pies desnudos sobre el suelo de madera del camerino. Dócil.

Frágil como una figurita de porcelana, con todo el acero que escondía en sus ojos reservado para Icarus Flynn.

«Yo también lo he conseguido», fue lo primero que le dijo tras su debut. «Ahora son ellos los que me quieren a mí».

Eso era lo que pensaban los dos por aquel entonces. Siete años después, ella está muerta y enterrada en el olvido, y el cielo estrellado del que él quería formar parte le ha quemado las alas.

—Así que el pájaro canta... —repite tras un rato, aunque tan solo sea porque Oscar no le va a dejar irse a dormir hasta que no dé por acabada esa conversación.

A pesar de su intento por disimular, el tono lo traiciona.

—¡No es solo eso! ¡Además lo hace con su voz! —La respuesta de su amigo es, cuanto menos, sorprendente—. Estaba... Lucina estaba en mitad de los ensayos para un nuevo número cuando sucedió el accidente. Iba a ser una representación grandiosa, que nunca llegó a estrenar. ¡Con este pájaro he logrado recrear su voz! Quería que la ciudad escuchase su última obra maestra, ¿sabes? A modo de despedida.

Ahora que lo piensa, debe ser la razón por la que Oscar se ha quedado hasta tarde en el edificio de la Corporación Blackburn estas semanas. En algún momento, Izzy se había planteado preguntarle qué hacía. Por lo que parece, ha estado demasiado ocupado sintiéndose abatido como para acordarse.

—¿Qué piensas? —insiste su amigo.

El joven suspira. Por un instante, se plantea dejarlo ahí para que lo interprete como quiera. Al final, sacude la cabeza e intenta suavizarlo.

—¿Quieres la verdad? —le dice. Ahora es él quien le pasa un brazo por los hombros y le susurra al oído—. Me parece macabro. De un gusto horroroso. ¿Qué diría Lucina de ti?

Tras oír eso, Oscar se aparta de él y lo mira con los ojos azules muy abiertos.

—¿Qué...? —La pregunta va cargada con una sorpresa que roza lo herido. Gira la cabeza hacia su gran creación. Abre y cierra los labios—. Pero yo... ¿de verdad que no te gusta?

Izzy no responde. Lo último de lo que tiene ganas es de abordar semejante tema de conversación, así que solo se encoge de hombros. Su interlocutor lo observa durante un rato, y lo que descubre allí debe de calmarlo porque le golpea el brazo y se echa a reír.

—¡Oye! ¡No me asustes así!

Él alza las manos. Icarus Flynn no es quién para juzgar cómo llevan el luto los demás. Si su amigo no lo ve, que sea otro quien se lo enseñe.

—Estoy segurísimo de que a todas las damas de Libanthon les va a encantar.

Eso, por lo menos, no deja de ser cierto. Esta ciudad siempre ha tenido una auténtica afición por el drama.